

DaBAR



Ciclo
A

2 de abril de 2026
Jueves Santo

n^o
23

Año LII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Hora santa

Esta es la hora que pasamos acompañando a Jesús la noche de su Pasión, podemos centrar nuestra oración en estas consideraciones.

Sabemos que Jesús era consciente de la cercanía de su final. Como bien explica J.L. Martín Descalzo, sabía que su condición de profeta exigía el martirio. También veía que sus ideas le hacían merecedor de la violencia de sus enemigos. Se juntaba con publicanos, comía con pecadores y pecadoras y resumió toda su mala conducta al expulsar a los mercaderes del Templo. Iba buscando su propia perdición.

Y organiza una cena, con los más cercanos, los íntimos, incluido aquel que había de traicionarle. ¿De dónde saca las fuerzas para ese gesto? De su aceptación total de la voluntad de su Padre. De su voluntad de cumplir con lo que le piden. “Nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente”.

Conocemos el resto de la historia. En las celebraciones de Semana Santa revivimos la Pasión. Remata y da sentido a toda una vida, a una relación de Jesús con su Padre que nos anuncia el Reino. Es precisa la cruz para llegar a la resurrección.

En el rato de oración a solas que recrea la Hora Santa podemos meditar sobre como vivimos, interiorizamos y celebramos la encarnación de Jesús. Corremos el peligro de centrar en ella nuestra fe, despojando de sentido la muerte y desdibujando la resurrección. Encarnación, muerte y resurrección van indisolublemente unidas y así debemos entenderlas y rezarlas.

Cristo nació para morir. Asumió nuestra naturaleza terrenal para ser como nosotros y

cargar con nuestro sufrimiento. Jesús eliminó todos los obstáculos que se interponen entre Dios y los hombres: la naturaleza humana, el pecado y la muerte. Al asumir morir físicamente en cruz y resucitando, nos libra de la última tiranía, la que más tememos los humanos.

La cruz nos muestra al Dios verdadero: el Dios humilde, que se hace hombre débil, que lo valora por su pequeñez. Dios se rebaja a una cruz que no presume de sufrimiento. Al contrario, nos conmina a tomar cada uno la nuestra, a seguirle, a vivir de una manera llena y distinta. Debemos aprender primero a amar al Dios Padre que nos ama de todas las formas, en todos nuestros momentos. Y después, al Dios crucificado en Jesús. Hemos de pasar por el dolor para ser dignos. La cruz asumida habla de amor más que de ninguna otra cosa. El amor hace de la cruz una bendición. La cruz nos hace pertenecer a la casa de Dios, a su familia.

Jesús se dirige a la cruz y ha querido pasar su último rato con su grupo de íntimos. Aun sabiendo que no han terminado de entenderle. Y que uno de ellos ya le ha vendido. Y otro negará conocerle. En la hora de todos los fallos, de todas las desafecciones, aún les pide que velen y confía en ellos. Como confía, todavía hoy, en cada uno de nosotros.

Y solamente nos hace una pregunta “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? He sido el servidor de todos. Os he dado ejemplo para que vosotros también lo seáis.”

Aurora Gonzalo
aurora@dabar.es



Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. La lectura de hoy es el fundamento veterotestamentario del misterio eucarístico y pone de manifiesto la novedad de la Alianza. Mientras Israel celebraba la Pascua como memorial de liberación de Egipto, la Iglesia conmemora la Nueva Pascua de Cristo, el verdadero Cordero inmolado (cfr. 1Cor 5, 7). Así, el antiguo rito se revela como el tipo profético del sacrificio de Cristo. La composición del texto data de los s. VI-V a.C., pero no es una mera crónica histórica, sino que establece la Pascua como fundamento del tiempo e identidad de Israel.

Texto. Dios no ordena solo un rito, sino que pretende reconfigurar el tiempo desde la historia de la salvación. El mes de Abib (después, Nisán) se convierte en el primero, porque la liberación redefine la existencia, Israel vive ahora un tiempo redimido. Aparecen juntos Moisés y Aarón como mediadores, reflejando la tradición sacerdotal, que enfatiza el culto ordenado, donde la Pascua es un evento histórico y un rito familiar y comunitario (vv.1-2).

La pascua es un acto que se celebra en comunidad y se adapta a las posibilidades de cada unidad familiar, cuyo criterio es que nadie quede excluido y que nada se desperdicie. El cordero es un animal doméstico, parte del patrimonio nómada pastoril, que requiere de un período de observación y preparación para elegir el mejor (vv. 3-4). Tiene que ser perfecto, lo que simboliza la totalidad e integridad ofrecida a Dios, un macho de un año representa fuerza vital, es una ofrenda óptima. Se permite cierta flexibilidad (optar entre cordero o cabrito), pero siempre excelente, una calidad de la ofrenda que refleja la voluntad de encuentro con Dios (v. 5).

Es un acto comunitario, toda la asamblea es la que inmola, aunque sea la familia la que lleve a cabo el rito, hasta la centralización del Templo en Dt. 16, que se convertirá en propiamente sacerdotal. La sangre es signo de protección (v. 13) y no una ofrenda a una divinidad sedienta de sangre, es el sello de la alianza (cfr. Ex 24, 8), es la marca del lugar de paso y de pertenencia. La carne ha de ser asada (a diferencia de los ritos cananeos que la cocían), el pan ázimo (como signo de premura), y las hierbas amargas (en recuerdo de la amargura de la esclavitud). Todo es simbolismo, es un memorial que involucra todos los sentidos (vv. 6-8).

El relato litúrgico insiste en la idea de la prontitud, de las prisas, preparados para partir (ceñidos, sandalias, bastón), porque la Pascua se celebra en la inseguridad del camino, es un rito de tránsito: de la esclavitud a la libertad (v. 11).

El verbo "pasar" juega en hebreo con el sustantivo "Pascua", Dios debe visitar Egipto para juzgar a los dioses de Egipto y liberar a Israel (v.12). La sangre que marca las puertas no tiene un poder mágico, simplemente es un signo de la fe obediente del pueblo, porque la salvación viene de Dios, pero requiere una respuesta humana de acogida a su norma (v. 13).

Finalmente, Dios quiere que se instituya el rito a perpetuidad. El memorial no es un mero recuerdo, sino la actualización ritual de los beneficios divinos para cada persona, generación, momento y lugar (v. 14).



Pretexto. A ninguno se nos escapan las nuevas formas de esclavitud que hoy día existen y nuestras comidas familiares se erosionan. Este texto viene a recordarnos que cada altar es la mesa pascual donde el Cordero inmolado se ofrece como alimento. Comulgamos de pie, a prisa, preparándonos para el éxodo misionero. Hoy no sólo recordamos la última cena, sino que actualizamos el único sacrificio de Cristo, al igual que hoy el judío se siente liberado.

Nuestra misión es celebra la pascua en familia, en comunidad y cada uno de nosotros debemos ser la casa marcada por la sangre del Cordero. El texto de hoy nos obliga a incluir al vecino si la familia es pequeña, estamos llamados a ser Iglesia inclusiva que no deje fuera del banquete pascual a nadie, especialmente a los que menos tienen.

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

El texto de la institución de la eucaristía se encuentra dentro de cómo Pablo entiende que deben ser las asambleas litúrgicas. Estas asambleas eran momentos importantes para que la comunidad pudiera mostrar su fraternidad y no se perdiera el espíritu evangélico. Va tratando Pablo desde el asunto del velo de las mujeres en las reuniones litúrgicas hasta la falta de fraternidad en estas asambleas, ya que los más pobres eran dejados de lado. De esta forma, Pablo recuerda la tradición que él ha recibido sobre la institución de la eucaristía.

Después de criticar lo que hacían los corintios en estas asambleas, quiere dejar claro cómo se deben celebrar. Su punto de apoyo es la institución de la eucaristía. No es novedad para los corintios, ya que conocían bien el texto y lo recitaban.

El relato de la institución de la eucaristía nos ha llegado en redacción paulina. Pero la fórmula no es de Pablo, sino que la ha recibido a través de la tradición. Él lo que ha intentado hacer es transmitirla de la forma más fiel posible. Él no estuvo en la Última Cena y, por tanto, no escuchó las palabras exactas, pero tampoco los otros textos que tenemos son relatos exactos de las palabras de Jesús, sino que se han formado por la celebración y para el culto. La redacción de Pablo tiene relación con la de Lucas y la de Mateo con la de Marcos. La de Pablo es la más antigua de todas.

Pablo dice claramente que el texto le viene de la tradición, no quiere saltarse la cadena de transmisión. Y comienza dando su referencia histórica: “La noche en que iba a ser entregado...”. O lo que es lo mismo: la noche en la que iba a ser traicionado.

“Tomo pan, y después de dar gracias, lo partió...”. Se utilizan fórmulas rituales litúrgicas y se recuerda el rito judío que bendecía la mesa y repartía el pan. Pero las palabras siguientes rompen el ritual: “Esto es mi cuerpo entregado por vosotros”. Es el cuerpo de Jesús que se entregará a la muerte por ellos.

“Haced esto en memoria mía”. Se va a decir dos veces, después del pan y del vino. Nosotros lo decimos una sola vez, como Lucas. ¿Lo duplicó la tradición que llegó hasta Pablo o Pablo? ¿Lo simplificó Lucas? Hay que tener en cuenta que antiguamente había una comida entre el pan y el vino, por lo que la memoria se podía repetir dos veces. Cuando se unificaron los dos actos y se celebraron juntos, solo hacía falta decirlo una sola vez al final.

“Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre...”. Se recuerda aquí la conclusión del pacto del Sinaí en el libro del Éxodo (Ex 24). Pero la Iglesia lo designa como un pacto nuevo. No es una sangre cualquiera la que se derrama, sino que Dios se da a sí mismo y consigue el perdón.

Y cada vez que se come ese pan y se bebe de ese cáliz, se anuncia la muerte del Señor hasta que vuelva. No se trata solo de recibir la comunión, sino de conmemorar y hacer presente esta acción. La asamblea recuerda en la eucaristía la muerte salvadora de Cristo y, hecho todo en su memoria, es causa de salvación.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

En el marco de la última Cena, Juan nos relata el lavatorio de los pies. Sustituye así el relato de la institución de la eucaristía que recogen los sinópticos.

El contexto de la cena abarcaría hasta el final del cap. 17. En él se recogen además del lavatorio, la predicción de la traición de Judas (que ya se comenta en estos versículos), el inicio de la hora de la glorificación, la predicción de las negaciones de Pedro y el largo discurso de despedida. Todo el cap. 13 sería una introducción al discurso de despedida. La cena propiamente dicha acabaría con la salida de Judas (13,30) y a partir de ahí estaríamos ya ante el discurso de despedida.

Texto

Los tres primeros versículos nos ponen en situación, son introductorios. De hecho, el primer versículo es la contextualización de la obra, de forma que nos indica el paso a lo que conocemos como el libro de la gloria en la obra joánica, remarcando el tema del amor de Jesús a los suyos.

La cena de la que Juan nos habla no es la cena pascual, aunque la identificamos con ella por el anuncio de la traición de Judas (Mt 26, 20-29), estaríamos en el mismo mes, pero en días distintos. De hecho, tampoco la acción que relata es la misma. Es cierto que el ambiente es el de la Pascua, pero el parecido con los sinópticos termina ahí. La cena compartida, no es solo comer, tiene un gran valor social en la cultura semítica. Una auténtica comunión, en la que un invitado está de más. Juan resalta que lo que sucede con Judas no es solo una traición, sino que está inspirada por el mismo diablo (cfr. 6,70; 8,44).

El contenido del relato se concentra en los vv. 4-17. Podemos dividir la secuencia en tres escenas. Por un lado, la acción (vv. 4-5.12), por otro, el diálogo con Pedro (vv. 6-11) y, finalmente, el discurso explicativo (12-17).

La acción de lavar los pies era corriente en el antiguo oriente para honrar al huésped que acababa de llegar por caminos polvorientos, se realizaba antes de un banquete y era ejecutada por criados o esclavos. Resulta llamativo aquí que sea Aquel en cuyas manos el Padre acaba de depositarlo todo, el que es Maestro y Señor (v. 13); además, la acción se desarrolla durante el banquete, y no antes como es costumbre. Hay quienes ven en la acción de Jesús no un abajamiento, sino una función de hospitalidad, marcada por el hieratismo soberano de la narración (vv. 4-5). Sea como fuere, resulta un gesto enigmático, simbólico, que parece ser el objetivo de Juan. A cualquiera nos puede venir a la mente Lc 22, 27 («yo estoy en medio de vosotros como el que sirve») en el mismo contexto.

El diálogo con Pedro empieza a despejar el sentido del gesto. Pedro se opone al gesto por considerarlo indigno del Maestro, luego ante la promesa de Jesús de que tendrá parte con él, acepta el gesto. Pedro en esta ocasión, vuelve a ser un personaje autónomo y, a la vez, portavoz del grupo. Pedro rechaza con una pregunta retórica (v. 6). La respuesta de Jesús señala que el gesto tiene un significado que él aún no puede comprender, que comprenderá en el tiempo pascual. Jesús le recuerda que, para poder estar en comunión con él, necesita pasar por este gesto. Pedro entiende el gesto como un rito de purificación. Por eso Jesús aclara en el v. 10 que está equivocado, ellos (menos uno) están limpios (cfr. 15, 3). La kénosis que impregna el relato de la pasión en los sinópticos, está presente en Juan en este episodio, primando en el resto la realeza de Jesús.

Tras el lavatorio, Jesús se vuelve a poner la ropa, se sienta a la mesa y explica el gesto como un ejemplo de lo que el discípulo debe hacer. La frase de Jesús en el v. 12 tiene un sentido más imperativo que interrogativo «Comprended lo que he hecho». Es un ejemplo que busca algo más que la imitación. Acaba exhortando a los discípulos a que hagan lo mismo, a que hagan lo que hagan lo hagan con la misma intención que él.

Pretexto

Hagamos lo que hagamos debemos hacerlo desde ese espíritu de servicio que nos enseña Jesús. Sepan o no los lavados lo que significa tal hecho. Es una de las claves de nuestro ser discípulo, el servicio, la diaconía. ¿Mi seguimiento de Jesús me lleva al servicio a los demás?

Enrique Abad
enrique@dabar.es



Notas para la Homilía

“Conviértete en lo que recibes”

Queridos hermanos y hermanas, amigos de Cristo, desde el domingo pasado hemos entrado en la semana más importante de la vida cristiana: la Semana Santa en la que celebramos los grandes misterios de nuestra fe. Con la celebración del Jueves Santo, iniciamos el Triduo Pascual, es decir, los tres últimos días que preceden a la celebración de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Durante estos tres días, Jueves Santo, Viernes Santo y Sábado Santo, estamos llamados a vivir cada celebración con espíritu de recogimiento, de fe, meditando sobre lo que el Señor espera hoy de cada uno de nosotros. No seamos meros espectadores, o personas que están allí por curiosidad o rutina. Abramos nuestro corazón y dejémonos transformar por el amor de Dios, que es la fuente de la verdadera felicidad y alegría, para que al final de esta semana seamos cristianos renovados que viven y transmiten la alegría del Evangelio.

El Jueves Santo celebramos dos grandes acontecimientos: en primer lugar, la institución de la Eucaristía (Fons et culmen de la vida eclesial) y, en segundo lugar, la institución del sacerdocio ministerial como sacramento de servicio marcado por el lavatorio de los pies. Hoy conmemoramos la última cena de Jesús con sus discípulos, durante la cual instituyó la Eucaristía, el sacramento de su cuerpo y de su sangre. Pidió a los discípulos que lo hicieran en memoria suya (San Pablo nos lo cuenta en la segunda lectura de hoy). Por eso, cada vez que celebramos la Misa, actualizamos el sacrificio de Cristo quien nos alimenta verdaderamente con su cuerpo y su sangre. Sin la Eucaristía, no hay Iglesia. Si sustraemos la Eucaristía de la Iglesia, esta se convierte en una mera asociación religiosa. Según nuestra fe cristiana, la Eucaristía – presencia real de Cristo – es la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia, y de la vida del cristiano. Apartarse de esta fuente es separarse de la vida misma que Cristo no da; esta actitud nos convierte a imagen de una planta que ya no se riega, nuestra vida se vuelve árida, vacía e infructuosa.

Recibir el cuerpo y la sangre de Cristo exige que dejemos de ser las mismas personas. Nos convertimos en portadores de Cristo, por no decir otros “Cristos” para los demás. “Conviértete en lo que recibes”, nos dice san Agustín. Los que participan de la mesa eucarística están llamados al servicio, a la humildad. Es lo que nos enseña Jesús a través del gesto del lavatorio de los pies. Era un gesto reservado a los esclavos, y al hacerlo Jesús nos muestra el camino de la humildad, del servicio y de la caridad fraterna.

Este es el camino que los sacerdotes, ministros de la Eucaristía, están llamados a encarnar en sus vidas. Al instituir la Eucaristía, Jesús instituyó también el sacramento del Orden. El sacerdocio nace del corazón de Cristo que se abaja para servir. En este día en que la Iglesia conmemora este sacramento, estamos llamados a rezar, sostener, apoyar y animar a nuestros sacerdotes en su servicio. Oremos también para que el Señor suscite en el corazón de los jóvenes esta vocación a la vida sacerdotal.

Pidamos al Señor la gracia de la verdadera fe en su presencia en la Eucaristía, para que, recibéndolo podamos ponernos al servicio de nuestros hermanos, especialmente de los más necesitados, de los marginados, de los ancianos y de los enfermos, e incluso al servicio de quienes nos traicionan o nos hacen daño. Jesús no dudó en lavar los pies a Judas, que iba a traicionarlo. Que nuestro amor no tenga fronteras.

Como la Virgen María, acompañemos al Señor en estos días santos para que podamos resucitar con Él a una vida nueva.

Arve Bienveue
arve@dabar.es

«¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?» (Jn 13, 12b)



Para reflexionar

¿Cómo es hoy mi relación con la Eucaristía?
¿La vivo como fuente y cumbre de mi vida cristiana o como un rito más?

Cuando recibo el Cuerpo y la Sangre de Cristo, ¿qué aspectos de mi vida siento que Él me invita a transformar para “convertirme en lo que recibo”?

¿A quién me está llamando Jesús a servir con más humildad, generosidad y paciencia, especialmente cuando ese servicio me cuesta o me incomoda?

¿Cómo puedo apoyar, animar o acompañar más concretamente a los sacerdotes y a las vocaciones en mi comunidad?

Para la oración

Señor Jesús, que la Eucaristía sea siempre para mí fuente viva de gracia y de fortaleza. Haz que cada vez que me acerque a tu mesa lo haga con un corazón más humilde y agradecido. Permite que tu presencia real transforme mi manera de vivir, de amar y de entregarme.



Señor Jesús, al recibir tu Cuerpo y tu Sangre, entra en lo más profundo de mi ser y renueva lo que está cansado o herido. Purifica mis pensamientos, mis deseos y mis decisiones para que reflejen tu amor. Hazme dócil a tu acción, para que pueda convertirme cada día un poco más en lo que recibo.



Jesús, Maestro y Señor, enséñame a servir como Tú, con sencillez, humildad, paciencia y alegría. Librame del orgullo que me impide inclinarme ante mis hermanos y reconocer sus necesidades. Que mis gestos cotidianos de servicio sean un reflejo de tu amor que se entrega sin medida.



Bendice Señor a tus sacerdotes y sostén su fidelidad en medio de las dificultades de su ministerio. Concede a tu Iglesia nuevas vocaciones generosas que quieran seguirte con un corazón indiviso. Haz que yo mismo sea apoyo, consuelo y oración para quienes han sido llamados a servirte.

Cantos

Entrada: Alrededor de tu mesa (Palazón); El Señor nos ha reunido junto a Él (Kairoi); Dios nos convoca (Erdozain); Danos un corazón grande (1CLN-718); Nosotros hemos de gloriarnos (Alcalde).

Gloria: 1CLN-C 4

Salmo: LdS; El cáliz que bendecimos (Palazón).

Aclamación antes del Evangelio: Os doy un mandato (Cantalapiedra) Un mandamiento nuevo (popular).

Lavatorio: Un mandamiento nuevo; Amaos (Madurga); Jesús, el Señor (Aragüés); Yo soy el que sirve (Brotos de Olivo).

Ofertorio: Este pan y vino (Erdozain); Te ofrecemos el vino y el pan (Goicoechea); Ubi caritas (Taizé).

Santo: 1CLN-I 1.

Comunión: Donde hay caridad y amor; Hizo un banquete el Señor (Erdozain); El mandato (Cantalapiedra); Comiendo del mismo pan (1CLN-O 27); Amaos (Kairoi); El Señor, Dios, nos amó.

Procesión: Cantemos al amor de los amores; Tantum ergo; Pange lingua; Cerca de Ti, Señor; Que la lengua humana cante (Palazón) u otros cantos populares.

La misa de hoy

Monición de entrada

Queridos hermanos, con la Misa vespertina de hoy damos comienzo al sagrado Triduo Pascual en el que celebramos, como Iglesia, los grandes misterios de nuestra salvación: Pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. El jueves santo es día de intimidad, de oración, de compromiso fraterno, de alianza, de amor. Con alegría vamos a hacer memoria de lo que hizo Jesús en la Última Cena: la institución de la Eucaristía y el lavatorio de los pies. Que esta celebración consolide nuestro compromiso a servir la humanidad con caridad y entusiasmo.

Saludo

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, Sumo Sacerdote y Servidor esté siempre con vosotros.

Acto penitencial

Tú, Pan vivo que ha bajado del cielo para darnos vida eterna: Señor, ten piedad. R

Tú, Sumo sacerdote, que te humillas y entregas tu vida por nosotros: Cristo, ten piedad. R

Tú, que nos enseñas y nos llamas al servicio y a la caridad fraterna: Señor, ten piedad. R

Monición a la Primera lectura

La liberación de los israelitas de la esclavitud en Egipto está marcada por la institución de la Pascua judía. Esta lectura nos da detalles sobre las disposiciones prácticas de su celebración. A través de la cena pascual, que se convertirá en un momento crucial en la cultura religiosa judía, el Señor Dios manifiesta su solicitud paternal y protectora hacia su pueblo.

Salmo Responsorial (Sal 115)

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre.

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava; rompiste mis cadenas.

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo.

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

Monición a la Segunda Lectura

Fiel a la tradición recibida, san Pablo transmite a los cristianos de Corinto el relato de la institución de la Eucaristía por Jesús durante su última cena con los apóstoles. Con sus palabras y sus gestos, Jesús se presenta desde entonces como el centro de toda la celebración pascual.

Monición a la Lectura Evangélica

La última cena de Jesús en el Evangelio de Juan está marcada principalmente por el lavatorio de los pies. Al realizar este gesto menospreciado, Jesús da a sus amigos un perfecto ejemplo de humildad, caridad y servicio. Por eso, el punto culminante de la Eucaristía es precisamente el servicio fraterno.

Oración de los fieles

Hermanos, reunidos alrededor de la mesa del Señor, elevemos confiadamente nuestras plegarias a Dios Padre por medio de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote. Contestaremos:

Cristo, pan de vida, escucha nuestra oración.

- Por el Santo Padre, los obispos, sacerdotes y ministros de la Iglesia, para

que, al celebrar hoy la institución del Orden Sacerdotal, sepan servir con humildad, amor y total entrega a Dios, a la Iglesia y a la humanidad entera. Oremos.

- Por nuestra Iglesia santa, para que, fortalecida con el Pan que da la vida, se encamine con paso firme a la Pascua definitiva con Cristo. Oremos.

- Por nuestros gobernantes, para que, siguiendo el ejemplo de humildad y servicio del Señor, cumplan con honestidad sus funciones, haciendo realidad en los pueblos sus anhelos de paz y justicia. Oremos.

- Por quienes carecen del pan cotidiano, para que encuentren en las familias cristianas una mano que, siguiendo el ejemplo de Jesús, ayude a saciar su hambre material y espiritual. Oremos.

- Por nosotros aquí reunidos y por nuestra comunidad, para que descubramos en el servicio humilde a los hermanos el sentido del amor y la felicidad en esta vida. Oremos

Dios de bondad, escucha complacido el clamor de tus hijos que se eleva hacia Ti; concédeles la gracia de tu amor y la alegría de ser escuchados. Por Cristo nuestro Señor.

Despedida

Hermanos, al concluir esta celebración, que nuestro corazón permanezca despierto para reconocer al Señor que se queda con nosotros en el Sacramento de su amor. Que el silencio de esta noche nos disponga a entrar con humildad y gratitud en la adoración al Santísimo. Y que, postrados ante ÉL, dejemos que su presencia renueve nuestra fe y fortalezca nuestra entrega.





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Jueves santo, 2 abril 2026, Año LII, Ciclo A

ÉXODO 12, 1-8.11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino de casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año, cordero o cabrito. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes, y toda la asamblea de Israel lo matará al atardecer. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo hayáis comido. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, comeréis panes sin fermentar y verduras amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el paso del Señor. Esta noche pasaré por todo el país de Egipto, dando muerte a todos sus primogénitos, de hombres y de animales; y haré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo soy el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde estéis; cuando vea la sangre, pasaré de largo; no os tocará la plaga exterminadora, cuando yo pase hiriendo a Egipto. Este día será para vosotros memorable, en él celebraréis la fiesta del Señor, ley perpetua para todas las generaciones”».

I CORINTIOS 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

JUAN 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?» Jesús le replicó: «Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dijo: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo». Simón Pedro le dijo: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dijo: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

